

ria prima, y ésta sólo existe en acto unida íntimamente a la forma, otorgándole concreción, individualidad, tangibilidad.¹¹ La materia prima está siempre abierta a acoger las formas substanciales (repleta en cada instante de formas potenciales latentes), pero exclusivamente una puede adquirir existencia real en un momento dado; no pueden hacerlo simultáneamente las otras; si una de estas latentes, llega a «apoderarse» de la materia prima para adquirir a su vez existencia real, lo hace desplazando a la que ya existía y relegándola a la latencia; la materia prima que da presencia sensorial a la forma perro, no puede darla al mismo tiempo a la forma gato. La forma substancial encarnada es, en suma, a nuestro parecer, una especie de artista introducido en el seno de la materia prima, que la va trabajando asiduamente hasta hacer relucir cuanto es propio de la esencia de dicha forma. No es raro que una materia así, trátase de la platónica, la aristotélica o la hipocrática, fuese incluso por su lado más opaco, dócil a la sutileza aérea y persuasiva de la palabra que es una especie de forma pura; lo extraño, es que más allá de la relación médico-paciente, no fuera céntrica en la terapia directa de la enfermedad misma.

En la Edad Media el hombre es un ente realísimo pero su dignidad consiste en ser hecho a imagen y semejanza de Dios, por lo cual ninguno es inferior a otro y todos son prójimos igualmente necesitados de la misericordia y la gracia. Surge el *ágape*, que es amor fraterno, amistad. Expresa Laín: «Junto a la concepción griega del amor (el amor como *eros*) surge ahora, complementariamente, una concepción nueva (el amor como *ágape*). El *eros* es el universal impulso ascendente de la naturaleza hacia su perfección. El *ágape* o *caritas* es la libre y activa efusión de la persona hacia la realidad y el menester de las demás personas sean éstos verdaderos amigos o simples prójimos; efusión que será formalmente cristiana cuando el amante actúe personalmente instalado en Dios; cuando se halle de algún modo “deificado”».¹²

Con esto se ha transformado radicalmente la relación médico-paciente; ya no se dirige hacia un amigo conseguido a través de la labor técnica y la palabra persuasiva, sino hacia un prójimo dado de partida y también hacia el amigo; todavía más, se trata de un prójimo necesitado, y el amor de caridad al enfermo, al pobre, al miserable, es lo propio del cristiano; la plegaria sustituye al discurso griego pedagógico; se conforta en todo instante, preocupa la salvación del cuerpo y del alma. La división entre la atención a ricos y pobres procura eliminarse —aunque en la práctica domine siempre—, y ya no cabe separar a los enfermos en curables e incurables, abandonando a los últimos a su suerte como en Grecia, pues el incurable es todavía más acreedor a la conmiseración y al cuidado solícito; no es la *ley de la necesidad*, la *ananké*, la determinante de la incurabilidad, sino la voluntad de Dios; la muerte no es una desgracia cuyo porvenir sea el Hades, sino un llamado solemne a comparecer ante Dios.

En el enfermo se ve a Jesucristo, según lo mostrado en la parábola del Buen Samaritano y en la del rico Epulón y Lázaro, y la relación médico-paciente, es entonces, no

¹¹ La unidad substancial de materia y forma da existencia real al individuo concreto; la forma es lo que le ubica dentro de una especie: hombre, perro, roble; la forma unida a la materia prima le convierte en tal o cual individuo preciso y concreto; es lo que le da densidad a la trama impalpable de la forma.

¹² Pedro Laín Entralgo, *El médico y el enfermo*, edic. cit., p. 54.

sólo amor humano, sino amor traspasado por la gracia, donde también hay merecimiento, purgación de pecados. Ese amor no se acompaña generalmente de interés por el progreso médico, salvo en la Baja Edad Media cuando aparecen la Escuela de Salerno y otras escuelas médicas, y entre las figuras, Arnaldo de Vilanova y algunos notables contemporáneos; sólo compensa el olvido de la ciencia, el esfuerzo en abrir paso a tan novedosísima manera de relación personal médico-paciente, como es la efectuada entre prójimos considerados hermanos. Esta aproximación entre dos poseedores de idéntica fe, confundidos en igual esperanza, es tan estrecha que se podría hablar, usando la feliz expresión de Laín, de dos en uno, de una *díada*. En cierto modo también fue *díada* la relación médico-paciente, en Grecia, cuando logró crearse una verdadera amistad.

Con el Renacimiento, la Reforma, el mercantilismo, la pérdida de la universalidad dominante de la Iglesia Católica, el europeo extrema su individualismo y en algún sentido su imagen se seculariza, adquiriendo más realidad propia quien es más emprendedor y exitoso: Goethe ha llegado a decir a principios del siglo XIX, cuando aquel proceso inicial había llegado ya a plena madurez, que no todos somos inmortales en el mismo grado, y que quizás la inmortalidad de allá arriba depende de la alcanzada acá abajo. La relación médico-paciente experimenta una nueva transformación radical; ya no rige tanto el *ágape* cristiano medieval, como la ayuda recíproca en busca de un fin común, la salud, obra de una acción puramente científico-técnica, que operará con toda su eficacia haya o no amistad. La ayuda del enfermo es someterse rigurosamente a las indicaciones médicas y la del médico, escuchar a la ciencia. Es, como lo señala Laín, una relación de camaradería, un dúo y no una *díada*; «dos marchando juntos —es tal vez la más acabada definición de camaradería. En ella no se procura el bien del camarada por el camarada mismo, sino tan sólo en cuanto éste es copartícipe en la conquista del bien objetivo hacia el cual la cooperación camina.»¹³ Conviene esta forma de vínculo a la concepción del hombre como *fábrica modelo*, según se divisa ya en Vesalio, pero es notorio en Harvey y sus sucesores.

El hombre-fábrica de la Edad Moderna, se evalúa al igual de las demás fábricas, en acuerdo a la calidad y prioridad de los productos elaborados; los habrá elaboradores de ciencia, de técnica, de arte, de trabajo manual especializado y no especializado. Mientras más necesario, costoso y difícil de reemplazar sea lo fabricado —política, ciencia, arte—, más esmero habrá en cuidar la pervivencia de quienes lo originan, ya que las fábricas humanas de trabajo no especializado —gañanes, peones—, son fáciles de reemplazar. La alarma respecto a las condiciones de salud de los obreros recién aparece en el primer tercio del siglo diecinueve, cuando las altas cifras de mortalidad en sectores y barrios industriales hacen temer de repente un posible agotamiento de ellos, en un momento en que las industrias crecen a gran velocidad. Se insinúan entonces algunas medidas precautorias y preventivas.

El hombre-fábrica de esta modernidad cada vez más secularizada, se justifica únicamente por sus productos; en sí, no es nada, o a lo más cosa para estudio biológico. Por eso, por ejemplo, el cuerpo de un enfermo carente de privilegios, rango, dinero, es

¹³ Pedro Laín Entralgo, *El médico y el enfermo*, *edic. cit.*, p. 106.

objeto de tratamiento a fin de que vuelva luego al trabajo, pero también, algo anónimo servidor de la ciencia. Laín hace hincapié en esa conversión del cuerpo en cosa pública, y así se desnuda al paciente ante médicos y alumnos, ante auditorios enteros, sin necesidad de excusa alguna. Espíritus generosos, médicos entre otros, harán llamados al amor al hombre —la filantropía moderna— y algo mejorará el cuidado de los enfermos; San Vicente de Paul y grandes figuras religiosas lucharán por lo mismo con cierto éxito, aunque aquello será insuficiente frente a la tendencia general a despersonalizar al hombre, a alejar a Dios, a adorar la técnica.

Las formas del amor médico y la ruptura en épocas de la historia de la medicina

Hemos pasado de la amistad griega y del amor al prójimo medieval, a la camaradería moderna, separando con ello tres épocas, pues en cada una se ve al hombre de manera bien distinta, y esto —el modo humano de figurarse su propia naturaleza y destino—, en última instancia induce a dividir la historia, sea la política, o la científica. Tal división no lograda en la medicina por el desarrollo científico-técnico, la obtiene el largo camino de la relación médico-paciente, o sea, no aquello venido de la sabiduría, sino del amor. Así, a lo menos, nos parecería darle todo su alcance a las teorías de Laín Entralgo sobre las mentalidades médicas y las formas de vinculación concreta médico-enfermo.

A fines del siglo pasado la ciencia empírica descubre lo subjetivo¹⁴ y ello, gracias a un nuevo modo comprensivo de relacionarse con los enfermos, que dándoles confianza les lleva a contar el asombroso mundo de las intimidades. A la subjetividad la constituirían según se cree entonces, instintos y fantasías, capaces en parte de satisfacerlos imaginariamente, y todo eso tan vivamente real como el mundo objetivo mismo, y en consecuencia de idéntico poder salutífero o morbígeno. Aun cuando hoy se ponga en duda por algunos la presencia de instintos en el hombre, nadie se atreve a negar abiertamente la existencia de un poderoso centro íntimo del cual dependerían en última instancia la salud y la enfermedad. El hombre deja de ser fábrica para convertirse en una persona llegada al mundo en busca de su propia paz y felicidad en acuerdo a la exigencia imperiosa surgida desde dentro, y es a tal objetivo a lo que debe darle alcance prioritario, si no quiere verse expuesto a la venganza de su propio ser, que se aislará entonces en un trastorno psíquico o psicossomático. Los medios ideados para evitar las trabas psíquicas y espirituales opuestas a aquella paz son de una diversidad poco abarcable, llegando las psicoterapias nuevas a una profusión y extravagancia que se acerca a lo delirante, pero lo importante desde el punto de vista de nuestro tema, es que el hombre se ha vuelto persona, algo con independencia, libertad e intimidad de la cual es dueño

¹⁴ La subjetividad ha sido siempre consciente para el hombre; fue vista en la antigüedad clásica y es fundamental en la obra de San Agustín, Eckart, Santo Tomás, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Pascal, Kierkegaard, etc. Lo notable de Pierre Janet y Sigmund Freud es haberla encontrado desde la ciencia empírica y hacerla imprescindible en adelante para todo estudio científico sobre el hombre. La subjetividad ha pasado a ser la esencia del sujeto, y sujeto, a nuestro juicio, alude a estar sujeto, amarrado, a algo a investigar que constituye el fondo de sí mismo.